

Josepérez, astronauta

Director de Publicaciones Generales: Sergio Tatchan

© del texto: Norma Huidobro, 2010

© de las ilustraciones: Poly Bernatene, 2010

© Ediciones SM Argentina, 2010

© de la presente edición: Ediciones SM Chile S. A., 2015

Coyuncura 1203, oficina 203

Providencia, Santiago de Chile

Primera edición: octubre de 2010

Primera edición en SM Chile: noviembre de 2015

ATENCIÓN AL CLIENTE

Teléfono: 600 383 11 12

www.ediciones-sm.cl

chile@ediciones-sm.cl

ISBN: 978-956-149-911-2

Hécho el depósito que establece la ley 11.723 (Argentina)

Impreso en Chile / Printed in Chile

Impreso en: Salsistas Impresores

General Gana 1486, Santiago, Chile

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea digital, electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

173016

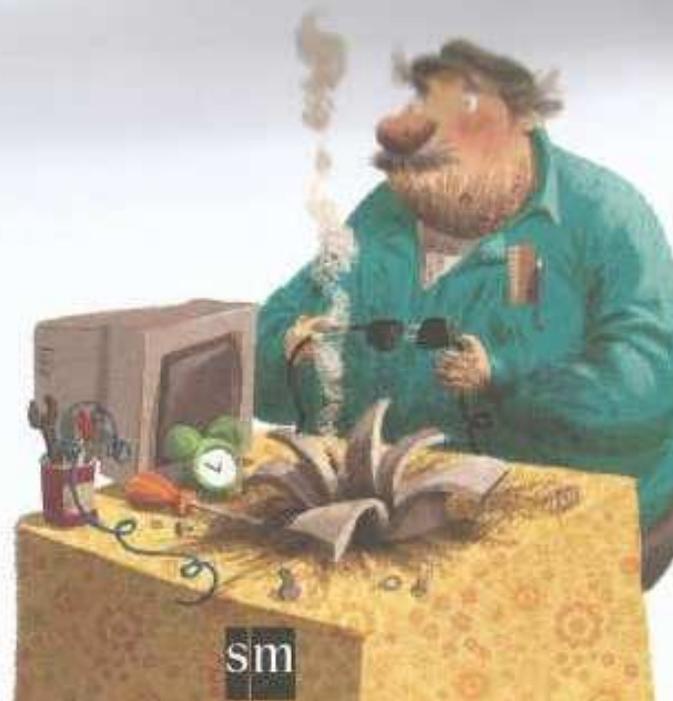
EL BARCO



DE VAPOR

Norma Huidobro
Josepérez,
astronauta

Ilustraciones de Poly Bernatene



¿A quién se le puede ocurrir ser astronauta por su propia cuenta? Viajar al espacio, además de complicado, es caro, muy caro. Solamente los países muy ricos pueden enviar hombres en misiones exploratorias a otros planetas, y no muy seguido, tampoco. Una nave espacial es carísima. Un traje espacial es carísimo. El entrenamiento de un astronauta es... ¡carísimo! A ver quién se anima, por su cuenta, a hacer un viaje... ¡a la luna, por ejemplo! ¿Quién se anima, eh? Nadie, quién se va a animar.

Sin embargo, alguien se animó. Alguien cualquiera, un hombre como tantos, un hombre común, de esos que con lo que ganan trabajando apenas si les alcanza para

comer y pagar sus cuentas y darse un gusto de vez en cuando, y que tienen una esposa que también trabaja y gana más o menos lo mismo. Aunque hay que reconocer que, a pesar de todo, este hombre y esta mujer vivían bastante bien porque eran muy ingeniosos, y cuando uno es ingenioso, se las arregla mejor que el que no se da maña para nada. Y en este caso los ingeniosos eran dos, así que mejor todavía.



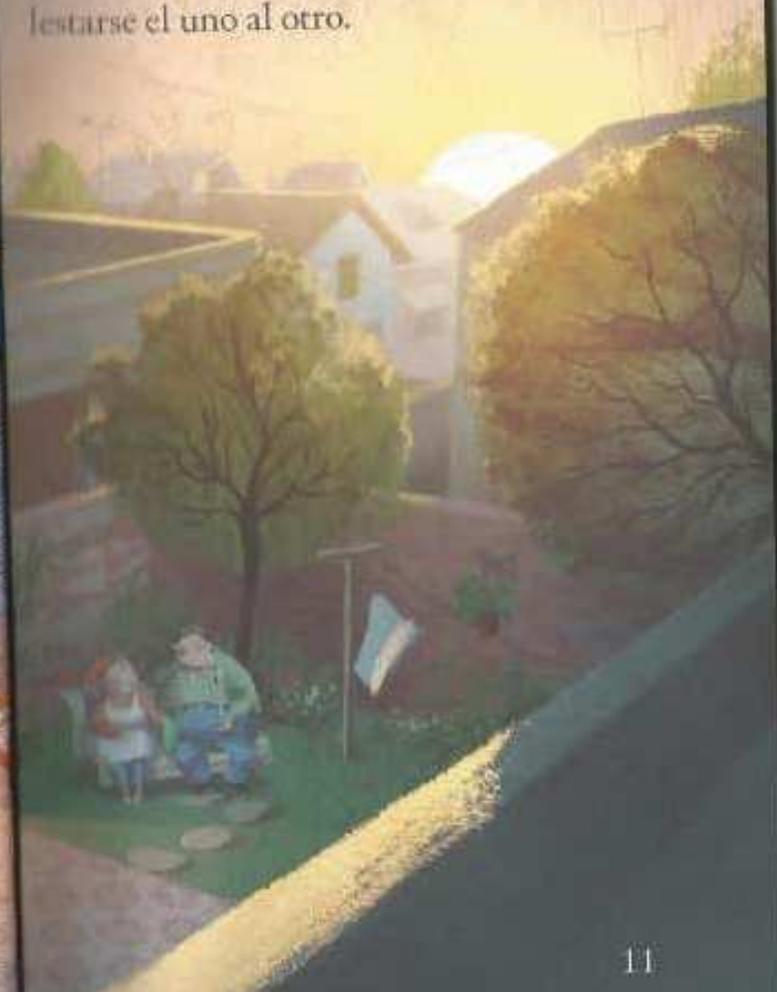
Josepérez, el astronauta, tenía una facilidad asombrosa para las ciencias, la tecnología, los números, las cuentas, las fórmulas químicas y todas esas cosas. No había quién lo igualara en desarmar y volver a armar computadoras, relojes de péndulo, televisores y lavarropas. Analópez, su esposa, nada que ver, ella era pintora. Pintaba cuadros, paredes, puertas, ventanas, sillas, platos, tazas, roperos y todo lo que se le ocurría y todo lo que le pedían, porque Analópez también pintaba por encargo, ya fuera un cuadro o una



casa, un juego de platos o una cortina de baño. Eso sí, cada uno tenía su propio taller de trabajo, es decir, dos galpones, uno para cada uno, al fondo de la casa, después



del patio y del jardincito. De este modo podían trabajar tranquilamente, sin molestarse el uno al otro.



El día que Josepérez terminó su traje de astronauta, armó un revuelo de aquellos. Le quedó precioso. Todo blanco... Bueno, medio gris, digamos, porque lo había hecho con una lona muy gruesa que usaban en el verano para dar sombra al patio y que ya tenía unos cuantos años, por lo que había perdido algo de su blancura original. Pero no importa, el traje estaba muy bien confeccionado y a Josepérez le quedaba perfecto.



¡Anaaaa...! —llamó a su mujer, mientras salía del galpón con el traje puesto.

Analópez, que en ese momento estaba pintando la bicicleta de la vecina de enfrente, salió de su galpón con un pincel en la mano y el guardapolvo de pintora (que en realidad era un viejo camión heredado de su abuela, que le llegaba hasta los tobillos) manchado de todos los colores.



—¡Oooohhh...! ¡Qué belleza! —dijo, con los ojos redondos como dos uvas—. Jamás en mi vida había visto un traje de astronauta tan hermoso. Aunque...

—¿Aunque qué? —preguntó Josepérez, que ya se veía venir algo que no le iba a gustar.

—Aunque le falta color —dijo Analópez, con una sonrisa y balanceando el pincel en el aire—. Me gustaría pintarle unas rayitas verdes, unos redondelitos azules, algún pajarito amarillo, un árbol...

—Ni se te ocurra —la interrumpió Josepérez—. Los trajes de los astronautas son blancos, blancos y blancos.

Y sin decir ni media palabra más, volvió a su galpón y dejó a su mujer con el pincel en la mano y enumerando en voz baja la larga lista de todo lo que le hubiera gustado pintarle a su traje.

—...unas margaritas apenas rosadas, racimos de uvas de un violeta furioso, unas guardas incaicas de color terracota, gotas de lluvia en celeste pastel, pintitas rojas...



Pero no hubo caso. El traje quedó blanco medio gris y no se habló más del asunto. Ahora venía la tarea más complicada: la nave espacial. Y acá sí que Josepérez tuvo que aguzar su ingenio al máximo, porque una nave espacial no es algo que se construya así nomás, con dos latas y clavando tres clavitos. No, nada que ver. Se necesitan materiales especiales, de alta tecnología. Menos mal que Josepérez era muy previsor y tenía su galpón repleto de computadoras viejas, televisores de todos los tamaños, heladeras con frízer y sin frízer, lavarropas automáticos y semiautomáticos y montones de aparatos eléctricos, a pedal o a manija que la gente sacaba a la calle cuando creía que ya no servían, para que se los llevaran los cartoneros o el camión de la basura. Josepérez enganchaba un carro a su bicicleta y salía por las

noches a juntar lo que podía servirle para construir la nave. Después desarmaba los aparatos, separaba las piezas según la utilidad que podía darles y luego las unía como a él le parecía. Soldaba una placa de metal con otra, perforaba por aquí, perforaba por allá, atornillaba, clavaba, cortaba y pegaba.

Y así, después de tres meses y medio de trabajar casi sin pausa, Josepérez terminó la nave. Le dio dos manos de pintura blanca especial para metales y nada más. Ahí quedó la nave, reluciente como un sol y lista para viajar a la luna, que era el lugar al que Josepérez quería llegar. Ni Marte ni Venus, ni Plutón; simplemente, la luna.

—¡Anaaaa...! —gritó, feliz, mientras salía del galpón, dejando la puerta abierta de par en par.

A Josepérez no le alcanzaban los ojos para mirar tantas estrellas y tanta luna, porque a medida que se iba acercando la veía más y más grande. De tanto en tanto le echaba una miradita al cuentakilómetros y repasaba mentalmente los cálculos que había hecho con tanto cuidado. Si todo salía bien, en dos días llegaría a la luna. Los cálculos lo preocupaban un poco, tenía miedo de haberse equivocado, de seguir de largo, de ir a parar a Marte, por ejemplo, que era el planeta más cercano a la Tierra. Pero no, se decía a sí mismo, Marte está muy lejos, no podría equivocarme tanto.

El último día de viaje, cuando faltaba muy poco para el alunizaje, Josepérez empezó a cabecear, se moría de sueño; y a pesar de hacer un esfuerzo terrible por tratar de mantener los ojos abiertos, no

hubo caso, sus párpados cayeron, pesados, primero uno y después el otro, y se quedaron cerrados unos segundos, nada más, porque junto con el último párpado también cayó la cabeza, que fue a dar sobre los controles, y Josepérez se despertó. Menos mal, porque si no, se perdía el alunizaje. De todos modos, la nave estaba preparada para alunizar sola; él no tenía que hacer nada, por algo había trabajado tanto con sus famosos cálculos de tiempo y distancia.



Pero Josepérez quería ver cómo descendía su nave en la luna, quería sentir con qué amorosa suavidad se posaba su querida nave en el suelo lunar. Y lo vio, claro que lo vio, y lo sintió. Y se emocionó, con lágrimas y todo. Entonces pensó en Analópez y se imaginó contándole lo que estaba viendo. Se acordó del frasco de corazones, que había guardado en un cajoncito de seguridad para que no se rompiera, lo sacó y lo metió en un bolsillo de su traje; luego hizo descender la escalerilla y empezó a bajar de la nave. Un escalón, otro, otro y así hasta llegar al último; después, un salto lento y corto, y Josepérez pisó la luna.

Oh, qué maravilla, estaba realizando el sueño de su vida, ese por el que había trabajado tanto. Dio unos pasos en cámara lenta, para un lado y para otro, y de golpe se le ocurrió que antes de ponerse a explorar, iba a ser mejor llenar el frasco de polvo lunar, así lo dejaba otra vez en el cajoncito de la nave, donde iba a estar más seguro. Entonces se agachó y trató de juntar un poco, pero...



—¡Qué raro! —dijo Josepérez, en voz alta—. La luna no tiene polvo. No puede ser...

Sus manos enguantadas recorrían una superficie lunar tan lisa como un piso de cerámica y sin una sola mota de polvo.

—¡Qué raro! —repitió—. ¡Todo el mundo sabe que la luna tiene polvo y yo no encuentro nada!

Tan absorto estaba en su tarea, que no se dio cuenta de que unos ojos —dos ojos, más exactamente— lo estaban observando. De repente, a los ojos se les sumó una voz:

—Sí, señor, todo el mundo lo sabe —dijo la voz.

Josepérez se enderezó como si se le hubiera soltado un resorte y sintió que debajo del casco se le ponían los pelos de punta. ¿Me estaré volviendo loco?, pensó.

Miro hacia un lado y hacia el otro, pero no vio nada.

—¡Ahhh...! —suspiró, aliviado—. Estoy nervioso porque no encuentro el polvo lunar, eso es todo —dijo en voz alta, para sí mismo, nada más que porque le resultaba tranquilizador escuchar su propia voz.

—Si lo que buscás es polvo lunar, acá no vas a encontrarlo —dijo ahora la voz, la otra, no la suya.

Josepérez abrió los ojos, enormes y saltones, y la boca, redonda y con todos los dientes a la vista. Volvió a mirar a un lado y a otro, y nada.

—Estoy aquí, abajo —dijo entonces la voz.

Josepérez estaba duro como el cemento. ¿Y si la luna lo había vuelto loco? Ni siquiera se animaba a mirar hacia abajo

como le decía la voz, esa voz chillona y finita que no le gustaba nada.

—¿Y...? ¿Qué estás esperando? ¿Me vas a mirar o no? —dijo la voz, impaciente.

¿Qué otra cosa podía hacer? Obediente y tembloroso, Josépérez bajó la cabeza y miró. Efectivamente, ahí estaba el dueño de la voz, chiquito y gracioso como un dibujo animado.

—¿Qqqui... qui... quién sos? —dijo Josépérez, sin saber todavía si ese ser diminuto que lo miraba con cara de enojado y las manos apoyadas en la cintura, con los brazos en jarra, como pidiendo explicaciones, existía realmente o era una mala jugada de su imaginación.

—¿Cómo que quién soy? —respondió el diminuto, alzando su voz chillona— ¡Soy un habitante de este planeta!

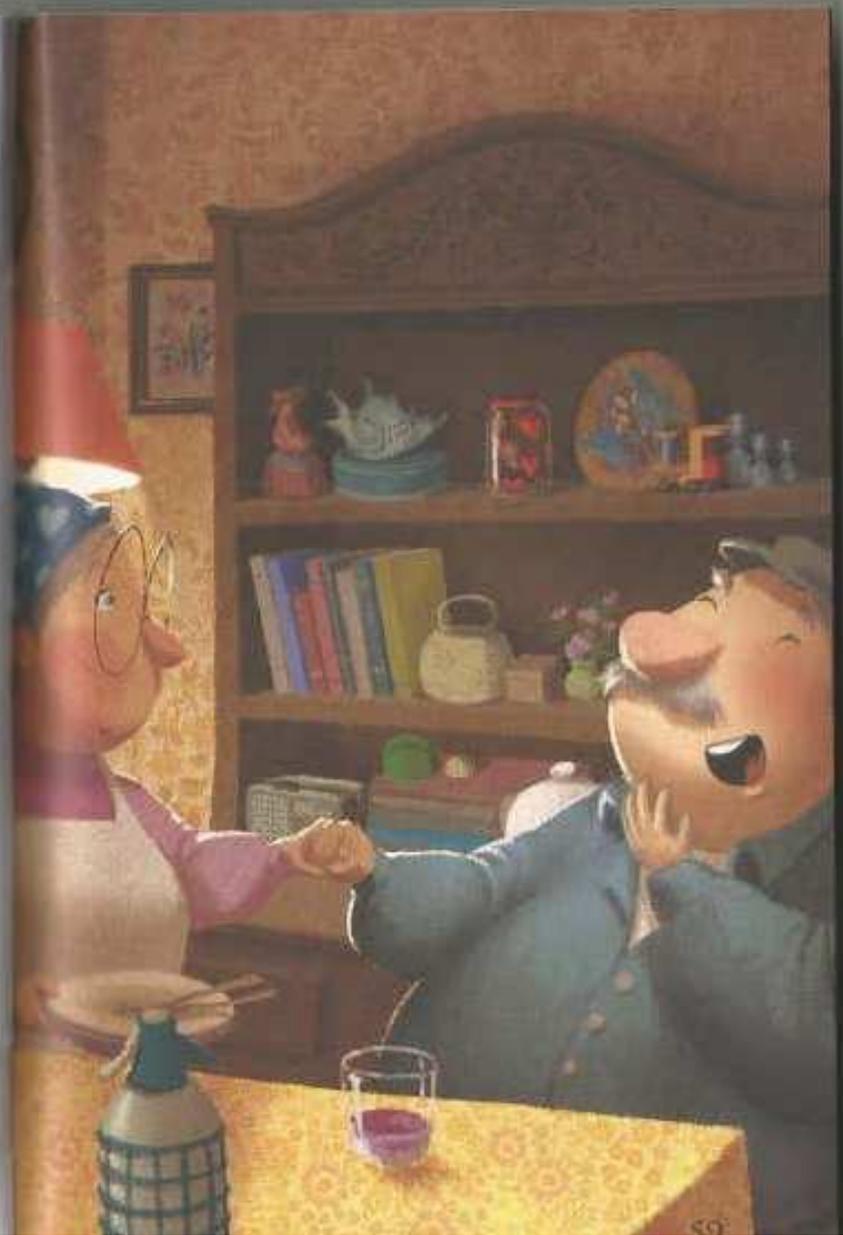


Josepérez comprendió que su mujer tenía razón. Esas rayitas en el vidrio eran el testimonio de que el corazón de menos estaba en poder de los diminutos, amado y multiplicado en montones de charcos de pintura roja.

Después de tomar dos platos de sopa cada uno, Josepérez y Analópez colocaron el frasco de corazones en la biblioteca, entre el costurero de caracoles de Mar del Plata y un platito de madera con una tortuga dibujada y una frase que decía: Recuerdo de Pehuajó.

—¿Queda lindo, no? —dijo Analópez.

—Hermooooosoooo... —dijo Josepérez, bostezando con la boca abierta de par en par.



Ninguno de los dos dijo nada más y se fueron a dormir. En el camino Josepérez volvió a bostezar y Analópez lo imitó. Cualquiera sabe que no hay nada más contagioso que los bostezooooos... ¿No?



